

sitarias, las manifestaciones de complacencia que por su fundación nos han expresado numerosos escritores y la abierta generosidad con que han contribuido a la formación de nuestro Fondo Bibliográfico, empresas como la Editorial Zig-Zag y la Editorial Universita-

ria, del mismo modo que la Universidad de Concepción, son estímulos definitivos para el cumplimiento de la extraordinaria y hermosa tarea que se nos ha confiado.

¿CULTURA MEREcida?

por el prof. CLAUDIO VÉLIZ

De acuerdo con T. S. Eliot, "cada época tiene el arte que se merece, y debe aceptarlo". Esta interesante perogrullada encierra interrogantes de urgente actualidad. ¿Nos merecemos el arte que actualmente aceptamos, admiramos e imitamos? Debe recordarse que el arte de una época no es solamente aquel que preservan, cultivan y aprecian los pequeñísimos sectores acaudalados en dinero o en cultura, sino las manifestaciones artísticas de todo el conglomerado, en toda su diversidad. Cuando nos referimos al arte del Renacimiento español no trazamos una gruesa línea entre el arte cortesano y el del pueblo. Shakespeare —después de todo— fue inmensamente popular y la alfarería griega no era monopolio de las clases pudientes. Por consiguiente, el arte de nuestra época en nuestro país incluye tanto aquel que se exhibe en los salones céntricos, como el que decora las manufacturas de provincia; la música interpretada por orquestas sinfónicas y aquella que se escucha a diario en las radio-emisoras más populares.

¿Se merecía la Galia el arte que le impuso Roma? ¿Existen diferencias de fondo entre el acueducto de Pont du Gard o el de Sevilla y un "supermarket" o una planta embotelladora de cocacola?

Luego de varios lustros de dominio militar, supremacía política y económica, Roma —imperio y república—, impuso su cultura sobre la cuenca del Mediterráneo de manera innegable y duradera, la misma lengua matriz se esconde detrás del español, el italiano, el francés, el rumano, el portugués, gran parte del inglés y muchas otras corrientes lingüísticas menos importantes.

El impacto cultural romano ha sido estudiado y admirado tradicionalmente como un caso excepcionalmente exitoso de imposición de una cultura más compleja y mejor integrada sobre otras que no poseían estas características.

Hoy en nuestro continente y en el mundo entero se observa —y se vive— otro gran proceso de "aculturación" de proporciones tan enormes que la experiencia romana aparece insignificante en comparación. Se bebe, se canta, se viste y se vive de acuerdo a cánones de origen estadounidense. En menos de medio siglo, el impacto cultural estadounidense se ha transformado en un fenómeno avasallador que afecta con éxito notable las categorías de apreciación artística de los sectores populares. Es cosa sabida que el efecto de demostración es importante en los altos niveles de ingreso, donde la modalidad de vida generalmente sigue a la letra dictados formales, pero esto no es novedad. Los nuevos ricos de este continente, generalmente han mirado hacia Francia, Gran Bretaña o los EE. UU. para buscar los cánones de orientación artística que creen conveniente obedecer. Lo extraño de la actual situación es que igual cosa esté ocurriendo en los vastos sectores populares: el folklore chileno —lo que hace el pueblo chileno— se está haciendo, cantando o aullando en inglés. No está de más notar que "folklore" también es un vocablo de origen inglés.

En el último análisis, folklore —en arte— es aquello que hace, crea, piensa y admira el pue-

blo. Utilizando este criterio, se puede defender la tesis de que el sector más dinámico del pueblo chileno apenas conoce la cueca, nunca ha oído hablar del *pequén* o la *resbalosa* y —lo que es más importante— no tiene mayor interés en remediar esta situación. No cabe la menor duda de que si el observador se interna en algún villorrio perdido entre los contrafuertes cordilleranos o en las tierras de secano del valle central, encontrará pueblillos donde las fiestas se amenizan con alegres guitarreos, donde se baila la cueca y se canta la tonada. Pero la necesidad de hacer esta expedición evidencia lo rarísimo que es el fenómeno en cuestión. Otra oportunidad de conocer de cerca lo que los folkloristas universitarios persisten en llamar folklore se presenta durante las festividades del 18 de Septiembre; pero el carácter especial de esta fiesta patriótica acentúa lo excepcional de la experiencia. Lo cierto es que el sector pluralitario del pueblo chileno: aquel que más rápidamente se ha incorporado a la vida urbana y a las nuevas condiciones de vida en la sociedad preindustrial, no ha creado formas propias de expresión artística y ha aceptado como suyo —con bastante entusiasmo, debe agregarse— el folklore de los Estados Unidos. Basta sintonizar durante cualquier día de la semana alguna radioemisora chilena —excepción hecha de aquellas dos o tres que por razones especiales ponen gran énfasis en la programación de música escogida, también extranjera— para observar que la inmensa mayoría de los programas están constituidos principalmente por grabaciones de enorme popularidad hechas por los jovencitos de moda en los Estados Unidos.

Esta aceptación no es exclusivamente pasiva: ya han surgido en Chile varios imitadores que en vacilante chapurreo estadounidense, cantan canciones que no comprenden, con ritmos y cadencias que agradan y son apreciados por entusiastas auditorios juveniles. Pero la imitación no se detiene en esto. El adolescente copiapino o penquista que se llama —digamos— José Henríquez, al sumarse a la bulliciosa falange del "rock and roll" no vacila en adoptar fórmulas identificatorias como Joe Henry o algo por el estilo. Además viste, camina, masticoma y trata de vivir, en general, como sus ídolos estadounidenses. El hecho concreto de esta aceptación puede ser negativo o positivo, pero las características del impacto cultural de los Estados Unidos son tales que no pueden sino causar inquietud. El país del norte posee una rica tradición cultural, un bagaje impresionante de conocimientos tecnológicos y ciertas actitudes dinámicas hacia la resolución de algunos problemas que sin duda podrían incorporarse con beneficio al caudal cultural chileno. Pero no son precisamente estos aspectos de la vida estadounidense los que más aceptación encuentran en nuestro medio. Al contrario, lo básico y fundamental de la influencia cultural que ha desplazado lo autóctono chileno es su contenido antintelectual e idiotizante. Si se necesitara un símbolo antropomórfico que sintetizara el significado y el contenido de esta marea avasalladora, éste sería un individuo relativamente joven, pintorescamente ataviado en smoking de raso con solapas escocesas y zapatos de charol, que con ojos desorbitados y salivación abundante borbotea frases incoherentes, gemidos y gruñidos animales acompañados por temblores espasmódicos del cuerpo y extraordinarias gesticulaciones de las extremidades. En cuanto a motivaciones fundamentales, este individuo exhibe ingresos increíblemente altos y una falta de contacto con el mundo de las ideas que raya en el analfabetismo. Este es el símbolo que está conquistando a la juventud chilena. El consumo suntuario conspicuo es su razón de ser; la agresividad antintelectual, su doctrina, y el animalismo artístico —primitivismo sugeriría categorías más elevadas—, su vehículo de expresión. Sin embargo este símbolo es más adecuado a las necesidades del proletariado urbano que el de un huaso guitarreando:

el obrero especializado; el fundidor de la gran empresa metalúrgica; la operaria en una fábrica textil; el empleado comercial, todos ellos, luego de un día de trabajo no tienen deseos monumentales de enfrentarse a una sesión de pequeños y resbalosos. Mucho más atractivo —y con razón— es el ritmo del jazz, la cadencia de un "blue" o la euforia de un "rock and roll". Organicese en cualquier suburbio industrial de Santiago un campeonato de pequeños y resbalosos y paralelamente uno de "rock and roll" y "cha cha chás" y obsérvese el resultado. La cueca, sin duda, le llena el gusto a cualquier Rosa Chandía, pero solamente cuando vive en Cachapoal —una vez que emigra a la capital pierde su atractivo y es rápidamente reemplazada por ritmos populares urbanos, sean éstos de origen bonaerense, carioca o estadounidense.

Incluso la letra de la música popular campesina es inadecuada para expresar la problemática de la ciudad. Es difícil que el obrero industrial se sienta identificado con rodeos y trillas que nunca ha visto; chinas que no se parecen en nada a las mujeres con las que él convive; problemas de siembras y cosechas que rara vez entiende; descripciones y añoranzas de regiones donde no corren microbuses, donde no hay chimeneas, prostitutas, tabloides vespertinos ni diversiones nocturnas. Desde luego la música popular urbana vuelve a escudriñar el terruño tarde o temprano en busca de inspiración —he ahí el tango "Adiós pampa mía"—, pero ésta es una fase a la cual no se ha llegado en Chile todavía, porque aún no existe un caudal significativo de creaciones musicales populares oriundas de la ciudad, y además la migración rural es demasiado reciente: aún la distancia cronológica entre el campo y la ciudad es demasiado breve para que el obrero industrial añore románticamente las delicias del inquilinaje.

Una vez planteado y aceptado el problema, surge inevitablemente el interrogante de las posibles soluciones. Desde luego, el fomento de la cueca no es de ningún modo un antídoto adecuado. Círculos académicos podrán formar excelentes clubes para el cultivo de formas artísticas arcaicas, sin que su tesón y entusiasmo trascienda del ámbito universitario. Se podrá obligar a las radioemisoras a programar guitarrosos varios, pero el cultor del "rock and roll" no tiene sino que girar el dial para eliminar la molestia. Además, el pretender que formas de expresión artística que satisfacían los anhelos del inquilinaje de un siglo atrás sean comprendidas, apreciadas y aceptadas por la juventud preindustrial de hoy es un error. La tarea de incorporar al bagaje cultural de nuestro pueblo categorías artísticas autóctonas no es trabajo de anticuarios sino de creadores.

Es difícil creer que Buenos Aires necesite de una sociedad de intelectuales para el fomento y difusión del tango. Igual cosa puede afirmarse del samba en el Brasil y la conga en Cuba. El cine mexicano —poco sofisticado, mediocre y técnicamente deficiente— tiene indudablemente posibilidades reales de mejoramiento futuro y mientras tanto goza de enorme popularidad en su país de origen y en el resto del continente de habla hispana. Las modalidades arquitectónicas estadounidenses y europeas —por ejemplo— han tenido impacto universal. Pero este impacto ha sido menos abrumador en México y Brasil, donde existe una vigorosa y original corriente creadora en este campo. El carácter autóctono de una manifestación artística no es necesariamente una garantía de calidad: lo nacional no es siempre bueno, pero hay que tratar de que lo sea. La barrera más tenue y más patéticamente ineficaz contra la invasión cultural estadounidense es la testarudez nacionalista que mantiene obstinadamente que cualquier pobre melodía mediocremente interpretada es buena porque es chilena y debe ser tolerada y difundida por este solo hecho. La tesis de

la defensa indiscriminada de lo nacional en este tipo de creación lleva inevitablemente a extremos francamente pueriles. Se legisla, por ejemplo, obligando a las radioemisoras a transmitir un porcentaje elevado de música nacional, popular y escogida, sin importarle un bledo al legislador la calidad de la tal música. Se puede también obligar a orquestas sinfónicas y otros conjuntos similares, a interpretar composiciones de origen chileno como condición esencial para la recepción de subvenciones directas o indirectas.

Este tipo de medidas es bastante tonto. Nunca se ha creado buena música al abrigo de legislación coercitiva. Menos aún cuando el énfasis se pone en la cantidad y no en la calidad. No hay nada que haga que una mala sinfonía chilena sea mejor que una buena sinfonía británica o paraguaya —excepto un decreto-ley o algo por el estilo— y el veredicto de la aceptación, popular o especializada, es sumamente testarudo y rara vez se doblega ante este tipo de persuasión. He ahí las toneladas de música fabricadas durante el régimen peronista cuando era obligatorio que la mitad de cada programa musical estuviera compuesto por música argentina.

La única solución posible a los problemas aquí bosquejados corresponde a los artistas nacionales. Es necesario mirar hacia adentro de nosotros mismos, buscar y encontrar lo vertebral de nuestra idiosincrasia y expresarlo en música, en poesía, en plástica. Mirando hacia afuera seremos, en el mejor de los casos, pintorescas buenas imitaciones de lo foráneo; en el peor, patéticos atentados contra el buen gusto. Debe recordarse que desde la revolución mundial en los sistemas de comunicaciones, los movimientos culturales actúan como si estuvieran funcionando dentro de un sistema de vasos comunicantes, precipitándose a llenar los vacíos cuando éstos se presentan. El jovencito gritón y gesticulador no es un conquistador heroico sino un simple tapón cultural que ha venido a Chile a llenar un vacío escandaloso. La suya puede, perfectamente, ser la estatura monumental del fracaso de nuestros artistas, pero, asimismo —alternativa mucho más seria—, puede ser el símbolo del acierto del artista y del pueblo mismo que aprecia sus esfuerzos para juzgar la verdadera situación del país. Después de todo, es perfectamente posible plantear la tesis de que las manifestaciones culturales de un pueblo forman parte integral y funcional de un complejo que incluye los determinantes económicos, políticos y sociales de la acción humana. Si esto fuera así, entonces es muy posible que el aparente sometimiento cultural masivo de nuestra generación a los cánones estadounidenses no sea sino el reflejo de un sentimiento igualmente masivo —y previo— en las esferas de la acción económica, política y social.

El hecho de que nuestros artistas no hayan podido reflejar en sus creaciones un caudal vigoroso y avasallador de motivaciones autóctonas puede deberse a que este caudal no existe y la extraordinaria afición y aprecio populares por los símbolos externos de la cultura estadounidense pueden también deberse a que el pueblo haya aceptado previamente —como colectividad— la modalidad de vida, los incentivos y las motivaciones económicas, sociales y políticas de esa cultura. La resolución de este dilema sólo la pueden entregar el pueblo y los artistas chilenos en el futuro próximo: hoy día aparecen sumergidos bajo un océano de chicle y "rock and roll", pero esto no es necesariamente un planteamiento definitivo; asimismo, puede ser un desafío.